

La Figura del Nuevo Beato: Miguel Agustín Pro

Fidel Quiroz

Con esta NOTA nos proponemos presentar la figura del P. Pro beatificado el 25 de septiembre de 1988: su vida y virtudes, su breve pero intensa actividad apostólica en un momento tan difícil para la Iglesia de México. “Su vida de apóstol sacrificado e intrépido, dirá el Papa en la Homilía de Beatificación, estuvo inspirada siempre por un incansable afán evangelizador. Ni los sufrimientos de sus graves enfermedades, ni la agotadora actividad ministerial, ejercida frecuentemente en circunstancias penosas y arriesgadas, pudieron sofocar el gozo irradiante y comunicativo que nació de su amor a Cristo, y que nadie le pudo quitar”.

Los Primeros Años

Miguel A. Pro nació el 13 de enero de 1891 en la población de Guadalupe, situada a 8 kms. de la ciudad minera de Zacatecas. Sus padres fueron Don Miguel Pro y Doña Josefa Juárez de Pro. Fue el tercero de once hijos; en el bautizo (16 de enero) recibió los nombres de José Ramón Miguel Agustín. La confirmación la recibió cuando tenía 8 años en Concepción del Oro, Zac. Hace la Primera comunión el 19 de marzo de 1898. A fines de ese mismo año su padre decide trasladarse con toda la familia a la ciudad de México, para mejorar su situación económica. No parece que haya logrado su objetivo, porque en 1904 lo encontramos de nuevo en Concepción del Oro.

Infancia y Primera Adolescencia

De su niñez se conservan pocos recuerdos; parece ser que era un niño despierto, de temperamento inquieto y difícil. No habiendo en Concepción del Oro escuelas particulares, el mismo Don Miguel

tuvo que hacerse cargo de la instrucción de sus hijos. Les dedicaba dos horas diarias por la tarde, después de regresar del trabajo. Era muy exigente con ellos y no le gustaba que perdiesen el tiempo fuera de casa. Todo lo cual iba creando en Miguel A. un grande sentido de responsabilidad y de exigencia personal, que caracterizarán después su período de formación intelectual en la Compañía de Jesús.

Juntamente con este sentido de responsabilidad se desarrolla en él el sentido del humor y de la sana alegría: en casa organizaba y amenizaba las fiestas familiares, tocaba varios instrumentos musicales y ya desde entonces mostraba una gran facilidad para escribir en prosa y en verso. También aprendió en la familia el amor a los pobres y necesitados. En 1903 su madre fundó un hospital para las personas pobres y necesitadas y Miguel, que contaba ya con trece años, fue su brazo derecho en la dirección de esta obra de caridad. Con ella visitaba las chozas de los mineros para conocer sus necesidades y prestarles ayuda económica. Fue entonces cuando comenzó a conocer y experimentar la miseria, las injusticias sociales que padecían a principios de siglo gran parte de los mexicanos bajo el régimen de Porfirio Díaz. Consecuencias de esta situación social fueron las agitaciones obreras de esos años.

Juventud: Primera Crisis

No obstante la religiosidad y fe profunda de la familia, a los 18 años tuvo una crisis de fe y por poco se hace protestante. El origen de esta crisis no está claro; parece ser que se debió al influjo de una joven protestante, con quien entabló amistad. Poco a poco fue dejando los sacramentos, la comunión de los primeros viernes y la misa dominical; en familia se mostraba displicente, llegando incluso a la desobediencia abierta. Afortunadamente la madre percibió enseguida la situación de su hijo y con paciencia y amor maternal esperó, mientras oraba y se sacrificaba por él, posteriormente, siendo ya sacerdote, confesará que fueron las oraciones y sacrificios de su madre los que la ayudaron a superar la crisis.

El Llamado de Dios

Corrían tiempos difíciles. El país hervía de fermentos revolucionarios. Porfirio Díaz no se decidía a dejar el gobierno del País: a sus ochenta años se hace reelegir por sexta vez, provocando el comienzo de aquella explosión que se llamó Revolución Méx. A principios de 1910 Dn. Miguel se trasladó con toda la familia a la ciudad de Saltillo, para poder atender a la educación de los más pequeños.

Por entonces el joven Pro no se había planteado aún la cuestión del futuro de su vida. Improvisadamente una de sus hermanas decidió hacerse religiosa, entrando en la Congregación de "las Hermanas de la Pureza de María" en Aguascalientes. La vocación de su hermana le hizo reflexionar. "Pronto comencé a sentir en mi alma, dijo en una ocasión a la Superiora de su hermana, un gran hastío por todas las alegrías del mundo y un deseo vivísimo de desprenderse de todo, aún de su misma Madre a quien amaba tanto, para consagrarse al servicio de Dios". Por primera vez sentía claramente el llamado de Dios, que lo invitaba a seguirle más de cerca.

La Compañía de Jesús

El llamado de Dios se hacía cada vez más insistente. Y sin perder más tiempo escribe al Provincial de los Jesuitas en México, pidiendo ser admitido en la Compañía de Jesús. El seis de agosto de 1911, fiesta de la Transfiguración, Miguel se despidió de sus familiares y, acompañado de su padre, sale para Zamora. Ingresó en el Noviciado que los jesuitas tenían en El Llano, cerca de Zamora. Recibió el uniforme el 5 de agosto, fiesta de la Asunción de María.

De su noviciado destacan dos aspectos: su espíritu alegre y jovial, que irradiaba en torno suyo y que conservó a lo largo de toda su vida. No faltaron durante el noviciado las crisis vocacionales, que en algún momento le pusieron en peligro inminente de abandonar la vocación; pero pudo salir adelante gracias a la confianza y docilidad a su director espiritual. Fruto de los ejercicios de mes fue el propósito sincero de imitar a Cristo en ofrecimiento al Padre para la salvación de las almas; ideal que mantuvo siempre fresco en su vida de formación y después como sacerdote, y que le llevará a desear el martirio, como dijo el Papa en su Homilía.

El noviciado tocaba a su fin. Hizo los votos públicos el 15 de agosto de 1913. Después del noviciado siguió la etapa del juniorado en la misma casa de El Llano. Permaneció allí solo un año más, pues al año siguiente (1914) la situación que se había creado en el País obligó a disolver la comunidad y en grupos se dispersaron por toda la República. Comenzó así una verdadera epopeya para aquellos jóvenes religiosos que, con peligro de sus vidas, tienen que andar de un lado para otro, escapando a la persecución de los revolucionarios. El grupo de Miguel Pro estuvo en Zamora, Guadalajara, y desde ahí se dirigieron a la frontera para pasar a los Estados Unidos, donde pudieron reunirse de nuevo y continuar su formación religiosa en un Centro de la Compañía.

Por Tierras de España y de Europa

A fines de julio de 1915 llegó a Granada, donde pasará cinco años (1915-1921) estudiando retórica y filosofía. De su estancia en Granada sus compañeros recordarán sobre todo su alegría y jovialidad, su piedad profunda y caridad sacrificada. En 1921 termina la filosofía y, conforme a la costumbre de los jesuitas, pasó a hacer prácticas apostólicas durante dos años en uno de los colegios que los jesuitas tenían en Granada (Nicaragua). Fueron años difíciles por los padecimientos físicos, falsas acusaciones y penas morales que padeció ahí. A mitad de 1922 recibió la orden de partir para el colegio de Sarriá, cerca de Barcelona (España), para continuar los estudios de teología. Durante el segundo año hubo de pasar varios periodos en cama. Durante el invierno de 1923-1924 se puso muy grave y tuvo que dejar por un cierto tiempo los estudios de teología. En medio de estos contratiempos, que él soportaba con fe y amor, su vocación maduraba, su espíritu caritativo se hacía más ingenioso para ayudar y colaborar con sus compañeros. Por esta época nació en él el interés por las cuestiones sociales, el deseo de prepararse en este campo para trabajar entre los obreros.

Dadas sus aficiones e intereses, fue enviado en 1924 al teologado de Enghien (Bélgica) para terminar sus estudios de teología y prepararse en cuestiones sociales. Ahí encontró una comunidad internacional de 130 estudiantes. A las dificultades ordinarias se añadió otra: el clima lluvioso y frío, molesto para quien no está acostumbrado. Cuando el invierno hizo sentir su rigor, sus padecimientos físicos aumentaron: dolores de estómago fuertes y frecuentes le quitaban el sueño durante varias semanas y no podía estudiar. Fue entonces cuando se le presentaron serias dudas sobre la vocación, sobre la idoneidad y capacidad para afrontar el trabajo sacerdotal. Consultó a los superiores y éstos le animaron a seguir adelante.

La Ordenación Sacerdotal

Terminado el tercer año de teología fue admitido a la ordenación sacerdotal. El 19 de julio de 1925 recibió el subdiaconado; el 25 el diaconado; y el 30 de agosto fue ordenado sacerdote de Cristo por Mons. Charles A. Lecomte, obispo de Amiens. Muchos fueron los sentimientos que invadieron su alma durante la ordenación: una paz enorme, fe y confianza en la infinita bondad de Dios, gratitud por tantos beneficios recibidos... En una carta que escribió a México a los pocos días de su ordenación, habla de la suave unción del ESPIRITU santo: "Lo palpo, toco casi con mis manos, inundando a mi pobre e infeliz alma de dulzuras del cielo y alegrías de ángeles..."

Después de la ordenación aprovecha el tiempo para participar a cuantos seminarios y congresos sobre pastoral obrera se celebran en Bélgica y Francia. Era su tema favorito y a él decide dedicarle lo mejor de su tiempo.

Durante el último año de teología se puso gravemente enfermo y tuvieron que hacerle tres operaciones en el estómago, con convalecencias que se prolongan más de lo debido, obligándole a interrumpir de nuevo los estudios. Su actitud constante es: "¡Bendito sea Dios por todo! El sabe el porqué de todos estos trastornos y yo me resigno y beso la mano que así me hace sufrir". Por si fuera poco todo esto, su madre, a quien tanto amaba, muere el 8 de febrero de 1926 y la llora desde la lejana Europa.

Regreso a México: actividad en Medio de una persecución abierta

Su salud empeoraba. Sus superiores decidieron entonces enviarlo a México, para ver si el clima de la Patria y aires distintos le ayudaban a recuperarse. Llegó a la ciudad de México el 8 de julio de 1926. En el País la persecución estaba en su apogeo. Ante la creciente agresión contra la Iglesia, después de repetidos intentos de llegar a entendimiento con el gobierno, los obispos se sintieron en la extrema necesidad de suspender el culto en los templos. En la fiesta del Apóstol Santiago, 25 de julio de 1926, los ocho Arzobispos y 28 obispos firmaron la carta pastoral con la cual manifestaban todo su dolor por la extrema medida tomada. La suspensión entraba en vigor el 31 de julio. "Nuestras almas están llenas de tristeza y nuestros corazones sangran, por habernos visto obligados a tomar medidas tan severas..."

El cierre de los templos y la suspensión del culto obligó a muchos sacerdotes a ejercer su ministerio ocultamente. El joven sacerdote Pro, como si estuviera en perfectas condiciones de salud, entró de lleno en este apostolado clandestino; y así comenzó aquella "penosa y arriesgada actividad ministerial", que le llevará al martirio.

Ciertamente no podemos detenernos a describir todas las peripecias de su apostolado en aquellas difíciles circunstancias. Solo quiero aludir a la organización de las llamadas "estaciones eucarísticas" en los domicilios particulares, donde diariamente se podía recibir ocultamente el Cuerpo del Señor durante los años de persecución; a la administración del sacramento de la penitencia, a la predicación de retiros y ejercicios espirituales, asistencia a los enfermos

y moribundos. Para todo esto tenía que disfrazarse con los más variados y pintorescos vestidos (de mecánico, fontanero, catrín). Aludo también a la organización de grupos de personas para ayudar a la gente pobre de la ciudad de México con dinero y alimentos. ¡Es increíble la fortaleza, el incansable afán evangelizador en este hombre agotado por enfermedades y sufrimientos físicos!

El prendimiento y el martirio

El deseo de morir mártir lo tuvo desde que era estudiante de teología; así lo atestiguan cartas confidenciales y testimonios de personas que le conocieron. Este deseo se hizo insistente durante los dos años escasos de actividad pastoral clandestina. "Nada, dice el Papa, pudo sofocar el gozo irradiante y comunicativo que nacía de su amor a Cristo, y que nadie le pudo quitar". Quizá, por eso, se exponía tanto, con peligro de ser arrestado. ¿Cómo se cumplió aquel deseo? Es algo que nuestros lectores conocen; por eso, no me detendré a contarlo en detalle.

El P. Pro fue apresado por la policía de Calles a consecuencias del atentado contra el Presidente electo Alvaro Obregón, ocurrido el 13 de noviembre de 1927. El P. Pro y sus hermanos Humberto y Roberto fueron implicados en el atentado; pero todos los biógrafos del P. Pro, al llegar a este punto, abundan en detalles, siguiendo todos sus movimientos de esos días, para demostrar su completa inocencia y poner de manifiesto la autenticidad del martirio.

El estudio llevado a cabo por la Santa Sede durante 40 años antes de declararlo beato, es la prueba más segura para no dudar mínimamente de la inocencia y de la autenticidad del martirio.

Condenado a muerte fue fusilado. Las fotos nos lo presentan de pie ante el pelotón de soldados, con los brazos en forma de cruz, el rosario en una mano y el crucifijo en la otra, esperando la descarga. Eran las 10:30 de la mañana del 23 de noviembre de 1927.